

SEGUNDA PARTE

Estaba por entonces en Alemania^a, adonde la ocasión de unas guerras aún no acabadas^b me había llamado; y volviendo de la coronación del emperador hacia el ejército, el comienzo del invierno me detuvo en un lugar donde, no encontrando ninguna conversación que me distrajese, y no teniendo por otra parte, afortunadamente, ninguna preocupación ni pasión que me turbaran, permanecía todo el día encerrado y solo en una habitación con estufa, donde disponía de todo el tiempo libre para cultivarme con mis pensamientos. Entre los cuales, uno de los primeros fue caer en la cuenta que a menudo no hay tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y realizadas por la mano de distintos hombres como en aquellas en que uno solo ha trabajado. Así se ve que los edificios que un solo arquitecto ha empezado y acabado son habitualmente más bellos y están mejor dispuestos que aquellos otros que varios han tratado de componer, utilizando viejos muros que habían sido levantados para otros fines. Así esas antiguas ciudades, que no habiendo sido al principio sino aldeas han llegado a ser, con el paso del tiempo, urbes, están ordinariamente tan mal trazadas, comparadas con esas plazas^c regulares que un ingeniero traza según su fantasía en una llanura, que aunque al considerar sus edificios cada uno por su parte se encuentra a menudo tanto o más arte que en aquellas otras dibujadas por un ingeniero, sin embargo, al ver como están dispuestos, aquí uno grande, allí uno pequeño, y como hacen las calles curvas y desiguales, se diría que es más bien la fortuna, que no la voluntad de algunos hombres usando la razón, quien así la ha dispuesto. Y si se tiene en cuenta que, a pesar de ello, ha habido siempre unos oficiales encargados del cuidado de los edificios de los particulares para hacerlos servir al ornato público, se reconocerá que es dificultoso, trabajando sobre lo hecho por otro, hacer cosas perfectas. Así, me imaginaba que esos pueblos, habiendo sido antaño medio salvajes y no habiéndose civilizado sino poco a poco, que no han hecho sus leyes sino a medida que la incomodidad de los crímenes y las disputas les iban apremiando, no pueden tener costumbres tan acomodadas como los que, desde el comienzo en que se juntaron, han observado las constituciones^d de algún prudente legislador. De la misma manera es muy cierto que el estado de la verdadera religión, cuyas ordenanzas Dios solo ha hecho, debe estar incomparablemente mejor establecido que todos los demás. Y para hablar de cosas humanas, creo que, si Esparta fue en otro tiempo muy floreciente, no se debió a la bondad de cada una de sus leyes en particular, visto que muchas eran muy extrañas, e incluso contrarias a las buenas costumbre^e, sino a causa de que, habiendo sido inventadas por uno solo^f, tendían todas a un mismo fin. Y así yo pensé que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyas razones son sólo probables^g y carecen de demostraciones, habiéndose compuesto y aumentado poco a poco con las opiniones de varias personas diferentes, no son tan próximas a la verdad como los simples razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido en lo tocante a las cosas que se presentan. Y así también pensé que como todos hemos sido niños antes de ser hombres y hemos habido menester durante mucho tiempo de estar gobernados por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que eran a menudo contrarios unos a otros, y, tal vez, ni los unos ni los otros nos aconsejaban siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros y tan sólidos como lo serían si hubiésemos tenido el uso pleno de nuestra razón desde el momento de nuestro nacimiento y no hubiésemos sido sino conducidos por ella.

Es verdad que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad con el único propósito de rehacerlas de otra manera y de tornar las calles más bellas; pero vemos que muchos mandan echar por tierra las suyas para reedificarlas y muchas veces son forzados a ello cuando están en peligro de caer y los cimientos no son muy firmes. Ante cuyo ejemplo me persuadí de que no sería en verdad plausible que un particular tuviese el propósito de reformar un Estado, cambiándolo todo desde los fundamentos, y derribándolo para enderezarlo; ni tampoco reformar el cuerpo de las ciencias o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; pero en lo que atañe a todas las opiniones a las que hasta el momento había dado crédito, no podía hacer nada mejor que emprender, de una vez, el quehacer de suprimirlas, a fin de sustituirlas después por otras mejores, o bien por las mismas, cuando las hubiese ajustado al nivel de la razón. Y creí firmemente que, por este medio, lograría conducir mi vida mucho mejor que si construyese sobre viejos fundamentos y me apoyase en principios en los que me había dejado persuadir en mi juventud, sin haber jamás examinado si eran verdaderos. Pues aunque advirtiese en esto diversas dificultades, no lo eran, empero, sin remedio, ni comparables con las que hay en la reforma de las menores cosas que atañen a lo público. Estos grandes cuerpos políticos son demasiado difíciles de levantar una vez derribados, o incluso de mantener cuando son sacudidos, y sus caídas no pueden ser sino muy

duras. Además, en lo que concierne a sus imperfecciones, si las tienen, y la sola diversidad que hay entre ellos es suficiente para asegurar que muchos las tienen, el uso las ha, sin duda, moderado; e incluso ha evitado o corregido gradualmente muchas, a las que por prudencia no se podría atender de forma tan satisfactoria. Y en suma, son casi siempre más soportables que lo sería su cambio, de la misma manera que los caminos reales, que serpentean entre montañas, llegan a estar tan allanados y ser tan cómodos a fuerza de ser frecuentados que es mucho mejor seguirlos que intentar ir más recto, trepando por encima de las rocas y descendiendo hasta el fondo de los precipicios.

Es por esto por lo que yo no sabría dar mi aprobación a esos temperamentos en efervescencia e inquietos, que no estando llamados ni por nacimiento ni por su fortuna al manejo¹⁰ de los asuntos públicos, no dejan de hacer siempre, en idea, alguna nueva reforma. Y si yo pensase que hay la menor cosa en este escrito por la que de mí se pueda sospechar esta locura, mucho me arrepentiría de que fuese publicado. Jamás mi propósito ha ido más allá de tratar de reformar mis propios pensamientos y edificar en un solar totalmente mío. Que si, habiéndome complacido bastante en mi obra, os enseñe aquí el modelo, no es por eso que yo quiera aconsejar a nadie que lo imite. Aquellos a quienes Dios haya dotado con mejores gracias, tendrán, tal vez, propósitos más elevados; pero mucho me temo que éste sea ya demasiado atrevido para muchos. La mera resolución de deshacerse de todas las opiniones admitidas anteriormente como creencia no es un ejemplo que todos deban seguir; y el mundo no está compuesto sino, casi sólo, por dos tipos de hombres a quienes no conviene de ninguna manera. A saber, de los que, creyéndose más hábiles de lo que son, no pueden pasar sin contener la precipitación de sus juicios ni tener bastante paciencia para conducir por orden todos sus pensamientos: de ahí que, si una vez se hubiesen tomado la libertad de dudar de los principios que han recibido y de apartarse del camino común, jamás podrán mantenerse en el sendero que hay que tomar para ir más en derechura, y permanecerían extraviados toda su vida. Y de los que, teniendo bastante razón o modestia para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que algunos otros, por los que pueden ser instruidos, deben más bien contentarse con seguir las opiniones de esos otros que buscar por sí mismos otras mejores.

Y, por lo que a mí respecta, yo habría estado sin duda entre el número de estos últimos, si no hubiese tenido jamás sino un solo maestro o no hubiese sido consciente de las diferencias que ha habido, en todo tiempo, entre las opiniones de los más doctos. Pero habiendo aprendido, desde el colegio, que no podría imaginarse nada tan extraño y poco creíble que no haya sido dicho por alguno de los filósofos; y más tarde, al viajar, habiendo reconocido que todos aquellos que tienen sentimientos muy contrarios a los nuestros, no son por ello bárbaros ni salvajes, sino que muchos hacen uso, tanto o más que nosotros, de la razón; y habiendo considerado cuán diferente llega a ser un hombre, con idéntico ingenio, educado desde su infancia entre los franceses o los alemanes de lo que lo sería si hubiese vivido siempre entre los chinos o los caníbales; y como hasta en las modas de nuestros trajes, la misma cosa que nos ha gustado hace diez años, y que tal vez vuelva a gustarnos antes de otros diez, nos parece ahora extravagante y ridícula, de suerte que son mucho más la costumbre y el ejemplo los que nos persuaden que algún conocimiento cierto, y que, sin embargo, la pluralidad de votos no es una prueba que valga nada para las verdades un poco difíciles de descubrir, porque es mucho más verosímil que un hombre solo las encuentre que no todo un pueblo: por todo ello, no podía escoger a alguien cuyas opiniones me pareciesen que debían preferirse a las de los demás, y me encontré como constreñido a emprender por mí mismo la tarea de conducirme.

Pero como un hombre que camina solo y entre tinieblas, resolví ir tan lentamente y usar tanta circunspección en todas las cosas que, si no avanzaba nada más que un poco, me guardaría al menos de caer. Incluso no quise comenzar a desechar por completo ninguna de las opiniones que hubiesen podido deslizarse en otro tiempo en mi creencia sin haber sido introducidas por la razón, hasta en tanto no hubiese empleado bastante tiempo en meditar el proyecto de la obra que emprendía, y en buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi espíritu fuese capaz.

Había estudiado un poco, siendo más joven, entre las partes de la filosofía, la lógica^h, y entre las de las matemáticas, el análisis de los géometras y el álgebra, tres artes o ciencias que, al parecer, debían contribuir algo a mi propósito. Pero al examinarlas, advertí, en lo que concierne a la lógica, que sus silogismosⁱ y la mayor parte de las demás instrucciones, sirven más para

explicar a otro las cosas que se saben o incluso, como el arte de Lulio^j, para hablar sin juicio de aquellas que se ignoran, que para aprenderlas. Y aunque contiene, en efecto, muchos preceptos muy verdaderos y muy buenos, hay, sin embargo, mezclados con ellos, tantos otros que son o nocivos o superfinos, que es casi tan difícil separarlos como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol que no está todavía desbastado. Luego, en lo que concierne al análisis de los antiguos^k y al álgebra de los modernos^l, además de que no se refieren sino a materias muy abstractas, y que no parecen ser de ningún uso, el primero está siempre tan obligado a la consideración de las figuras, que no puede ejercitar el entendimiento sin fatigar mucho a la imaginación, y, en la última, se ha estado tan sujeto a ciertas reglas y cifras, que se ha hecho un arte confuso y oscuro, que estorba al ingenio, en lugar de una ciencia que lo cultive. Lo cual fue la causa de que pensase que había que buscar algún otro método, que, comprendiendo las ventajas de esos tres, quedase exento de sus defectos. Y como la multitud de leyes suministra a menudo excusas a los vicios, de suerte que un Estado está mucho mejor regido cuando, no teniendo sino muy pocas, son muy estrechamente observadas, así, en lugar de ese gran número de preceptos de los que la lógica se compone, creí que tendría bastante con los cuatro siguientes, con tal que tomase una firme y constante resolución de no faltar ni una sola vez a su observación.

1. El primero era no admitir jamás cosa alguna como verdadera en tanto no la conociese con evidencia que lo era; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender nada más en mis juicios que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no tuviese ninguna ocasión de ponerlo en duda.

2. El segundo, dividir cada una de las dificultades^m que examinare en tantas pequeñas partes como se pudiese y fuese necesario para mejor resolverlas.

3. El tercero, conducir con orden mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por peldaños, hasta el conocimiento de los más compuestos; e incluso suponiendo orden entre los que no se preceden naturalmente los unos a los otrosⁿ.

4. Y el último, hacer en todos recuentos tan completos y revisiones tan generales, que estuviese seguro de no omitir nada.

Esas largas cadenas de razones, todas simples y fáciles, de las que los geómetras tienen costumbre de servirse, para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado ocasión de imaginar que todas las cosas que pueden caer bajo el conocimiento de los hombres se siguen unas a otras en la misma manera, y que, solamente con tal de abstenerse de admitir alguna como verdadera sin que lo sea y guardar siempre el orden necesario para deducir las unas de las otras, no puede haberlas tan alejadas a las que finalmente no se llegue, ni tan escondidas que no se descubran. No me costó mucho reconocer por cuáles era menester comenzar, pues sabía ya que era por las más simples y más fáciles de conocer; y considerando que, entre todos los que anteriormente han buscado la verdad en las ciencias, sólo los matemáticos han podido encontrar algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no dudaba de que fuese por las mismas que ellos han examinado; aun cuando no esperase ninguna otra utilidad sino que ellas acostumbrarían^o mi espíritu a saciarse de verdades y a no contentarse con falsas razones. Pero no tuve el propósito, por eso, de procurar aprender todas esas ciencias particulares, que se denominan comúnmente matemáticas; y viendo que aunque sus objetos sean diferentes, concuerdan todas entre sí en que no consideran otra cosa sino las diversas relaciones o proporciones que se encuentran en esos objetos^p, pensé que más valía que examinase solamente esas proporciones en general, suponiéndolas sólo en los asuntos que sirviesen para hacerme su conocimiento más fácil; es más, sin sujetarlas a ellos de ninguna manera, a fin de poder después aplicarlas mejor a todos los demás a que pudieran convenir. Luego, habiendo advertido que, para conocerlas, tendría algunas veces necesidad de considerar cada una en particular, y a veces sólo recordar o comprender varias a la vez, pensé que, para considerarlas mejor en particular, debía suponerlas en líneas, porque no encontraba nada más simple ni que pudiese más distintamente representar en mi imaginación y en mis sentidos; pero para recordar o comprender varias a la vez era necesario que las mostrase por medio de algunas cifras, las más cortas que fuera posible^o; y que, por este medio, tomaría lo mejor del análisis geométrico y del álgebra, y corregiría todos los defectos del uno por la otra^p.

De la misma manera, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observación de estos pocos preceptos que había escogido, me dio tal facilidad para desembrollar todas las cuestiones a las que estas dos ciencias se refieren, que en dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo

comenzado por las más simples y generales, y siendo cada verdad que encontraba una regla que me servía después para encontrar otras, no sólo conseguí resolver varias cuestiones que había juzgado en otro tiempo muy difíciles, sino que me pareció también, hacia el final, que podía determinar, incluso en las que ignoraba, por qué medios y hasta dónde era posible resolverlas. En lo cual no os pareceré tal vez demasiado vano, si consideráis que, no habiendo más que una verdad de cada cosa, quienquiera que la encuentre sabe todo lo que se puede saber; y que, por ejemplo, un niño instruido en aritmética, habiendo hecho una suma siguiendo sus reglas, puede estar seguro de haber encontrado, en lo tocante a la suma que examinaba, todo lo que el ingenio humano pueda encontrar. Porque, al fin y al cabo, el método que enseña a seguir el verdadero orden y a recontar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca contiene todo lo que proporciona certeza a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me satisfacía de este método, era que, gracias a él, estaba seguro de servirme de mi razón en todo, si no perfectamente, al menos lo mejor que me fuera posible; además sentía, aplicándolo, que mi espíritu se acostumbraba poco a poco a concebir más clara y distintamente sus objetos, y que, no habiéndolo sujetado a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo tan útilmente a las dificultades de otras ciencias, como lo había hecho a las del álgebra. No por eso me atreví a emprender en un primer momento el examen de todas las que se presentarán; pues eso mismo habría sido contrario al orden que prescribía^a. Pero habiendo advertido que sus principios debían todos estar tomados de la filosofía, en la que no encontraba aún ninguno cierto, pensé que era menester, ante todo, que intentara establecerlos; y que, siendo esto la cosa más importante del mundo, y donde la precipitación y la prevención eran lo más de temer, no debía emprender el llevarlo a cabo hasta no tener una edad mucho más madura que la de veintitrés años, que tenía entonces, y hasta que no hubiese dedicado mucho tiempo a prepararme, tanto desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones que había admitido antes de aquel tiempo, como haciendo acopio de experiencias varias, para que fueran después la materia de mis razonamientos, y ejercitándome continuamente en el método que me había prescrito, a fin de afirmarme en él cada vez más

^a En el invierno de 1619.

^b La Guerra de los Treinta Años, que finalizó con la paz de Westfalia en 1648.

^c Villas fortificadas

^d Leyes fundamentales, eclesiásticas o civiles.

^e Tal vez se esté refiriendo a la costumbre de abandonar los niños deformes en el Taigeto o la de premiar a los jóvenes que robaban sin dejarse prender.

^f Posiblemente se refiere a Licurgo, que dotó a Esparta de los elementos fundamentales de su constitución.

^g Se refiere a los enunciados de la física escolástica.

^h Durante el primer curso se estudiaba la lógica aristotélica.

ⁱ El silogismo es un razonamiento compuesto por tres proposiciones, mayor, menor y conclusión. Descartes critica en este momento el silogismo dado que la conclusión está ya contenida en las dos premisas anteriores, no añade nada nuevo

^j Se refiere al Ars Magna del franciscano mallorquín R. Lulio (1235-1315) que proponía una técnica de descubrimiento basada en el silogismo y que utilizaba símbolos dispuestos en formas geométricas.

^k Se refiere al método usado por Arquímedes (287-212 a.C.) o Apolonio de Pérgamo (262-180 a.C.) conocidos por Descartes gracias a la obra de Clavius (1537-1612), jesuita alemán, que estudió.

^l Se refiere a "Los trabajos matemáticos" de Clavius y a los trabajos de los franceses del XVII, caso de Viéte (1540-1603), también a los italianos del XVI. ^m "Dificultades", o "Cuestiones" según las Reglas, esto es, complejos de cuestiones.

ⁿ Para llevar a cabo una investigación debe suponerse un orden aunque no se descubra.

^o Prescinden de la materia y tan sólo consideran las relaciones.

^p Se trata de la nueva notación algebraica propuesta ya en la "Geometría".

^q Lo mejor del análisis geométrico: la ayuda que le proporciona la imaginación; y lo mejor del álgebra: su simbolismo.

^r "Pues eso mismo habría sido contrario al orden que prescribía" el método, según su tercer precepto; ver más arriba.